

mo tiempo trataron de penetrar. Encontrábanse á punto de forzar la entrada, contra la que dirigían sus esfuerzos, cuando suspendieron el ímpetu del choque por la esperanza de que iban á capitular, esperanza que quedó muy pronto desvanecida. Mandaban en Gythio, con autoridad igual Dexagoridas y Gorgopas. Dexagoridas había enviado á decir al legado romano que le entregaría la plaza, y en el momento en que acababa de convenir el tiempo y medios de ejecutar su pérfido proyecto, le asesinó Gorgopas. La resistencia, dirigida por un solo jefe, adquirió más vigor, y el sitio habría sido más difícil, si T. Quinccio no hubiese llegado al frente de cuatro mil hombres escogidos, presentándose en batalla en la cumbre de una altura cercana á la ciudad, cuando L. Quinccio activaba por su parte los trabajos del sitio por tierra y mar. La desesperación obligó entonces á Gorgopas á tomar el partido porque castigó con la muerte á su colega; estipuló que se le permitiese salir con las tropas de la guarnición, y entregó la plaza á Quinccio. Antes de la rendición de Gythio, Pitágoras, á quien había dejado Nabis el mando de Argos, lo entregó á Timocrato Pelenense, y saliendo con mil soldados mercenarios y dos mil argivos, marchó á unirse con Nabis en Lacedemonia.

Nabis, á quien la llegada de la flota romana y la sumisión de las ciudades de la costa habían aterrado, recobró alguna esperanza al ver la valerosa defensa de Gythio. Pero al recibir la noticia de la capitulación de esta plaza, no teniendo recurso alguno por el lado de tierra, donde estaba rodeado de enemigos, y sabiendo que también le estaba cerrado el mar, obligado á resignarse con su suerte, envió primeramente un parlamentario al campamento romano con objeto de saber si le permitirían enviar legados. Concediéronle este favor, y Pitágoras marchó entonces á ver al general, sin llevar otras

instrucciones que las de pedir para el tirano una entrevista con Quinccio. El general reunió su consejo, y todos opinaron que se la concediese, quedando convenido el día y el paraje; siendo las alturas situadas en medio de la llanura donde se vieron Quinccio y Nabis, acompañado cada uno por reducida escolta que dejaron á la vista. El tirano avanzó con lo más escogido de sus guardias; T. Quinccio con su hermano, el rey Eumeno, el rodio Sosilas, Aristenes, pretor de los aqueos y algunos tribunos militares.

Habiéndose permitido al tirano hablar primero ó escuchar lo que tenían que decirle, comenzó de esta manera: «Si por mí mismo hubiese podido comprender, T. Quinccio y vosotros que le acompañáis, por qué me habéis declarado y hacéis la guerra, hubiese esperado en silencio el resultado de los acontecimientos. Pero hoy no puedo menos de preguntar, antes de sucumbir, por qué se quiere mi pérdida. Si os pareciéis á los cartagineses, á quienes se acusa de no respetar la fe de los tratados, ciertamente no me sorprendería que os cuidaseis poco de vuestra conducta conmigo. Pero al contemplaros, reconozco á aquellos romanos para quienes nada hay tan sagrado como las alianzas juradas ante los dioses y los compromisos contraídos con los hombres. Al considerarme á mí mismo, creo ser el mismo Nabis que se unió con vosotros, lo mismo que los demás lacedemonios, por los lazos, antiguos ya, de un tratado público, y que recientemente, en la guerra de Macedonia, renovó en persona con vosotros el pacto de amistad y alianza particular. Dícese que yo he violado ese pacto ocupando á Argos. ¿Cómo rechazo la acusación? ¿Recordando las circunstancias y el momento en que ocupé la ciudad? Doble justificación me ofrecen las circunstancias: llamáronme los argivos; entregáronme su ciudad, que yo recibí, pero de la que no me apoderé:

cuando la recibí pertenecía al partido de Filipo y no á vuestra alianza. También me favorece el momento en que se realizó la ocupación: poseía á Argos cuando me alié con vosotros, y vosotros estipulasteis que nos enviaría socorros para la guerra, pero no que retiraría mi guarnición de Argos. En este punto todas las razones están de parte mía; la equidad, puesto que la ciudad pertenecía á los enemigos y no á vosotros, y se me entregó sin verse obligada á ello; vuestra propia confesión, puesto que tratando con vosotros me la dejasteis. Se me acusa también por el título de tirano y por mi conducta; se me censura por dar libertad á los esclavos y distribuir las tierras á las clases pobres. En cuanto al título, mi contestación es sencilla; lo que soy ahora era también cuando tú mismo, T. Quincio, hiciste alianza conmigo. Recuerdo que entonces me diste el nombre de rey, mientras que ahora me llamas tirano. Si hubiese cambiado mi título, tendría que justificar mi inconstancia; tú que me das otro, tendrás que justificar la tuya. En cuanto á los esclavos que han venido á aumentar el número de mis súbditos para conquistar su libertad, en cuanto á las tierras que he distribuído á los indigentes, tengo para excusa de mi conducta la época en que ocurrieron estas cosas. Sean las que quieran mis medidas, las había tomado ya cuando os aliasteis conmigo y aceptasteis mi socorro en la guerra con Filipo. Pero suponiendo que hubiese obrado de esa manera ayer, no os preguntaría en qué he lastimado vuestros intereses ó violado vuestra alianza; os diría que he seguido en esto los usos y costumbres de nuestros antepasados. No juzguéis según vuestras leyes y costumbres lo que se hace en Lacedemonia. Aquí no pueden hacerse esas comparaciones. Entre vosotros la renta coloca al ciudadano en la caballería ó la infantería; corto número de ricos tiene todo el poder, y el resto del

pueblo vive bajo su dependencia. Nuestro legislador no quiso reconcentrar el poder en manos de unos pocos ciudadanos, que formasen lo que vosotros llamáis Senado, ni dar la preeminencia en el Estado á este ó el otro orden; creyó que estableciendo la igualdad de rango y fortuna, proporcionaría á la patria mayor número de brazos dispuestos á armarse para su defensa. Confieso que he hablado demasiado para un espartano, y que brevemente pude decir que nada he hecho después de mi alianza con vosotros, para que deploréis tenerme por aliado.»

El general romano contestó: «No somos amigos ni aliados tuyos; tratamos con Pelope, poseedor legítimo del trono de Lacedemonia. Los tiranos usurparon los derechos de aquel príncipe, apoderándose violentamente de la corona después de él, á favor de las guerras que sosteníamos con Cartago, contra los galos ó contra otros enemigos; de esta manera la usurpaste tú mismo durante la última guerra de Macedonia. ¿No seríamos nosotros inconsecuentes en nuestra conducta, si, después de haber tomado las armas contra Filipo para libertar la Grecia, ajustásemos alianza con un tirano, el más cruel y feroz que existió jamás? Aunque no te hubieses apoderado de Argos por traición, aunque no te hubieses negado á devolverla, al libertar la Grecia, debíamos restablecer á la misma Lacedemonia en el goce de su antigua libertad y de sus leyes, que acabas de invocar como otro Licurgo. ¡Cómo! ¿Cuidaríamos de que las guarniciones de Filipo evacuasen Jasso y Bargylia, y permitiríamos que hollase Argos y Lacedemonia, esas dos famosas ciudades, en otro tiempo antorchas de la Grecia y cuya esclavitud enturbiaría la gloria que nos ha merecido la libertad de la Grecia? Pero dices: Los argivos pertenecían al partido de Filipo. Te dispensamos de que vengues nuestras ofensas. Ade-

más, sabemos con certeza que cometieron el delito dos ó tres ciudadanos, y no todos; que para ello no hubo deliberación pública, como tampoco cuando te llamaron con tus tropas y te entregaron la fortaleza. Los tesalios, los focidios y los locrinos abrazaron unánimemente el partido de Filipo; lo sabíamos, y sin embargo los libertamos con el resto de la Grecia. ¿Cómo crees que debíamos obrar respecto á los argivos, que no habían cometido ninguna ofensa pública? Dices que te acriminan haber dado libertad á los esclavos y distribuido terrenos á los pobres. En efecto, delitos graves son; pero ¿qué significan ante los enormes que tú y los tuyos cometéis diariamente? Convoca á los habitantes de Argos ó de Lacedemonia y déjales hablar con libertad: de ellos podrás oír las graves acusaciones que se dirigen contra tu espantosa tiranía. No buscaré ejemplos muy antiguos: ¿cuántos arroyos de sangre no ha hecho correr en Argos, casi ante nuestros ojos, tu digno yerno Pitágoras? ¿Tú mismo, no la has derramado á torrentes en el momento en que casi tocaba yo las fronteras de Laconia? Manda que traigan aquí, cargados con sus cadenas, á los desgraciados que fueron presos en plena asamblea, y que en presencia de todos tus conciudadanos prometiste guardar en tus cárceles; muéstralos, y que sus infortunados parientes, que les lloran sin razón, sepan que viven todavía. Dirás: Cualquiera que sea su suerte, ¿qué os importa, romanos? ¿Te atreverías á contestar así á los libertadores de Grecia? ¿á aquellos que para libertarla atravesaron el mar é hicieron la guerra sobre los dos elementos? Después de todo, dirás, no he hecho traición, hablando con propiedad, á mis deberes con vosotros, ni á mis juramentos de amistad y alianza. ¿Cuántas veces será necesario demostrarte que los has violado? Pero no quiero prolongar este debate y lo reduzco á pocas palabras.

¿Cómo se viola un tratado? De dos maneras principalmente: considerando como enemigos á los amigos, de los aliados, ó uniéndose con sus enemigos. ¿No has hecho lo uno y lo otro? Messena había entrado en nuestra alianza por el mismo tratado y con las mismas condiciones que Lacedemonia; tú, que también eras aliado nuestro, tomaste por asalto y por la fuerza de las armas aquella ciudad nuestra aliada. Filipo era enemigo nuestro; os unisteis con lazos de alianza, y ¡oh dioses! con los del parentesco, gracias á la mediación de su prefecto Filocles. Nos has hecho la guerra; has infestado con tus piraterías las aguas del cabo Maleo; has hecho prender y dar la muerte á más ciudadanos romanos que Filipo, y la costa de Macedonia ha sido más segura que el cabo Maleo para las naves cargadas con nuestros víveres. Cesa, pues, de invocar la santidad de los juramentos y de los tratados; arroja esa máscara hipócrita con que te cubres y háblanos como tirano y enemigo.»

En seguida Arístenes, empleando sucesivamente consejos y ruegos, exhortó á Nabis á que salvase, mientras podía y se le ofrecía ocasión, su vida y su fortuna. Después le recordó los nombres de todos los tiranos de las ciudades vecinas, que después de renunciar el poder y devolver la libertad á sus súbditos tuvieron entre ellos tranquila y honrada vejez. Los discursos y las réplicas ocuparon el día hasta el obscurecer: al siguiente declaró Nabis que abandonaba Argos y que retiraba la guarnición, puesto que tal era la voluntad de los romanos, prometiendo devolver los prisioneros y los desertores. Pidió además que si tenían que imponerle otras condiciones, se las remitiesen por escrito para que pudiese deliberar con sus amigos. Dejaron, pues, al tirano tiempo para reflexionar; y por su parte Quinceio celebró consejo admitiendo en él á los jefes de los aliados. La mayoría opinó que era necesario continuar las hos-

tilidades y exterminar al tirano. «Este era, decían, el único medio de asegurar la independencia de Grecia. Mucho mejor hubiera sido no comenzar la guerra contra él, que renunciar á continuarla después de comenzada. Esta manera de aprobación de su despotismo no haría otra cosa que robustecer su injusta autoridad, dándola por apoyo el mismo pueblo romano, y su ejemplo alentaría en otras ciudades á multitud de ambiciosos para que atentasen á la libertad de sus conciudadanos.» Pero el general se inclinaba á la paz, viendo que si obligaba al enemigo á encerrarse en sus murallas, no tendría más recurso que poner sitio á la ciudad, y que aquel sitio sería largo. «Trátase en efecto, decía, no ya de Gythio, que después de todo se había rendido y no había sido tomada por asalto, sino de Lacedemonia, que era una ciudad muy poderosa, bien provista de armas y de defensores. Hasta el presente no había habido más que una esperanza, la de que la aproximación del ejército hiciese estallar alguna disensión ó revuelta entre los habitantes. Pero ni siquiera la vista de las enseñas que avanzaban hasta las puertas había excitado ningún movimiento. Antioco, añadía, no estaba dispuesto á conservar la paz, según anunciaba Vilio, de regreso de su legación en la corte de aquel rey, que había vuelto á pasar á Europa con fuerzas de mar y tierra mucho más considerables. Si empleaban el ejército en el sitio de Lacedemonia, ¿qué otros soldados podrían oponer á aquel rey tan poderoso y temible?» Esto decía en voz alta, pero en su interior le preocupaba el temor de que alguno de los nuevos cónsules obtuviese la provincia de Grecia y que un sucesor le arrebatase la gloria de terminar aquella guerra.

Viendo que no impresionaba á sus aliados combatiendo la opinión general, fingió ceder á su opinión y les atrajo á la suya. «Bien está, dijo, puesto que así lo que-

réis, sitiemos á Lacedemonia; pero, como sabéis, el sitio de una ciudad es obra lenta y de la que muchas veces se cansan antes los sitiadores que los sitiados. Con objeto de no ver desvanecidas vuestras esperanzas, necesitáis prepararos desde este momento á pasar el invierno delante de las murallas de Lacedemonia. Si estas dilaciones solamente ofrecieran fatigas y peligros, os exhortaría á preparar vuestras fuerzas y vuestro valor para arrostrarlos. Pero traerán consigo también gastos considerables para los trabajos, las obras y máquinas necesarias al sitio de una ciudad tan grande, y para el transporte de los convoyes destinados á asegurar vuestra subsistencia y la nuestra durante el invierno. Si queréis evitar apuros imprevistos y no exponeros á la vergüenza de abandonar la empresa, creo que convendría escribiereis antes á vuestras repúblicas para investigar las intenciones de cada una de ellas y qué fuerzas pueden levantar. Y no es porque no tenga bastantes y hasta demasiadas tropas auxiliares; pero cuanto más numerosos seamos, mayor cantidad de provisiones necesitaremos. El país enemigo solamente ofrece suelo desnudo y devastado. Además, acércase el invierno, y los convoyes lejanos llegarán con trabajo.»

Estas palabras fijaron la atención de cada cual sobre los obstáculos que quizá encontraría en su patria, pudiendo temerse la falta de actividad [de los que habían quedado en ella, sus prevenciones celosas y sus calumnias contra los soldados; la dificultad de un acuerdo unánime allí donde los votos son libres, el agotamiento del Tesoro público y la mezquindad particular para el pago de impuestos. Todos, pues, en vista de tales consideraciones cambiaron repentinamente de opinión, y dejaron al general en libertad para hacer lo que creyese útil á los intereses del pueblo romano y de los aliados.

Entonces reunió Quincio solamente á sus legados y tribunos militares, y convino con ellos las condiciones de la paz que se concedería al tirano. «Habrá seis meses de tregua entre Nabis por una parte y por otra los romanos, el rey Eumeno y los rodios. T. Quincio y Nabis enviarían inmediatamente legados á Roma para que el Senado ratificase la paz. La tregua comenzaría el día mismo en que se notificasen por escrito á Nabis las condiciones de la paz; en el término de diez días, á partir de aquel momento, Argos y las demás plazas fuertes de su territorio quedarían evacuadas por las guarniciones de Nabis y se entregarían libremente á los romanos; no se haría salir á ningún esclavo perteneciente al rey, á la ciudad ó á los particulares; todos aquellos que habían salido ya, serían exactamente devueltos á sus dueños. Nabis restituiría á las ciudades marítimas las naves que les había arrebatado, no conservando para él más que dos barcas de diez y seis remos á lo sumo. Entregaría á todas las ciudades aliadas del pueblo romano sus prisioneros y desertores, y á los mesenios cuantos objetos se encontrasen y reconociesen sus propietarios. Permitiría recobrar á los desterrados lacedemonios sus hijos y sus esposas, si éstas querían seguir á sus maridos; pero no podría obligar á ninguna de ellas á acompañarles al destierro. Pondría cuidadosamente en posesión de todos sus bienes á aquellos mercenarios que regresasen á sus hogares ó que hubiesen pasado al campamento romano. No podría poseer ninguna ciudad en la isla de Creta, y entregaría á los romanos las que tuviese allí. No ajustaría alianza con ningún pueblo cretense ni con ningún otro, ni les haría guerra. Retiraría las guarniciones de todas las ciudades que entregase ó que voluntariamente se colocaran bajo la protección y la ley del pueblo romano; ni él ni los suyos intentarían nada contra ellas. No fortificaría nin-

guna plaza ni construiría fortaleza alguna en su propio territorio ni en terreno ajeno. Como garantía de la observancia del tratado, entregaría cinco rehenes á elección del general romano, entre ellos su propio hijo, y pagaría en el acto cien talentos de plata y cincuenta anuales durante ocho años.»

Escribiéronse estas condiciones, y acercando Quincio su campamento á Lacedemonia, las envió al tirano. Nabis quedó al pronto poco satisfecho, no agradándole más que un solo punto, el de que contra lo que temía, no se trataba de llamar á los proscritos; pero lo que le mortificaba más, era verse despojar de sus naves y de sus ciudades marítimas, porque había conseguido grandes utilidades del mar, infestando con sus piraterías las aguas del cabo Maleo. Además, la juventud de aquellas ciudades formaba la mejor parte de sus tropas. Solamente discutió aquellas condiciones en secreto con sus amigos; sin embargo, muy pronto se divulgaron, gracias á la ordinaria ligereza de los cortesanos, que no saben ser fieles ni discretos, y se comenzó á criticar el tratado, menos en su conjunto que en sus detalles, censurando cada cual lo que le afectaba personalmente. Los que se habían casado con esposas de desterrados ó poseían parte de sus bienes, se consideraban como víctimas de un despojo y no como obligados á legítima restitución, por cuyo motivo se mostraban muy indignados. Los esclavos á quienes el tirano había dado libertad tenían delante de ellos, no solamente la pérdida de la libertad, sino una servidumbre mucho más espantosa que antes si caían en poder de amos irritados. Los soldados mercenarios pensaban con pena que la paz les privaría de un servicio lucrativo, y que ya no les era posible regresar entre sus compatriotas, cuyo odio no estallarían solamente contra el tirano, sino que también contra sus satélites.

Primeramente se hablaron estas cosas en las reuniones, pero de pronto acudieron á las armas. Viendo Nabis que amenazaba ser grave la sedición, convocó al pueblo á una asamblea general, en la que expuso las pretensiones de los romanos, complaciéndose en inventar algunas condiciones más duras aún y denigrantes. Interrumpido á cada artículo por gritos de toda la asamblea ó de parte del pueblo, preguntó qué querían que contestase ó hiciese. Casi á una voz contestaron que no tenía nada que responder, que era necesario hacer la guerra. Después, como sucede siempre cuando se agitan las masas, todos le exhortaron á porfía á que tuviese valor y confianza. Repetíanle que la fortuna ayuda á los valientes, y animado por estos gritos, el tirano declaró que Antioco y los etolios acudirían á auxiliarle, y que además tenía bastantes tropas para sostener el sitio. Nadie pensó ya en la paz, y, decididos á no permanecer más tiempo en reposo, corrieron todos á ocupar los puestos principales. Algunos hicieron una salida, y lanzando sus venablos contra los romanos, les revelaron con aquel repentino ataque, que era necesario reanudar las hostilidades. Los cuatro días siguientes pasaron en escaramuzas sin resultado decisivo. En el quinto se trabó casi batalla campal, siendo arrollados los lacedemonios, que corrieron á su ciudad en tal confusión, que muchos soldados romanos, encarnizados en la persecución de los fugitivos, entraron con ellos por las brechas que existían entonces.

Viendo Quincio que el terror producido por aquella derrota había suspendido las salidas del enemigo, pensó que solamente tenía que ocuparse de un sitio regular; envió, pues, á buscar en Gythio todas las tropas de marina, y entretanto dió vuelta alrededor de las murallas con sus tribunos militares, para reconocer la situación de la plaza. En otro tiempo Esparta no tenía mura-

llas (1), pero recientemente los tiranos habían fortificado los puntos accesibles y bajos, contentándose con cubrir con parapetos en vez de murallas los puntos altos y difícilmente accesibles. Después de examinar detenidamente el terreno, consideró necesario Quincio establecer el bloqueo, y rodeó la plaza con todas sus fuerzas de mar y tierra, que ascendían á cincuenta mil hombres de infantería y caballería entre romanos y aliados. Llevaron unos escalas, otros antorchas y algunos máquinas á propósito para dar el asalto ó para infundir terror, y los soldados recibieron orden de atacar por todas partes á la vez, para alarmar en todos los puntos á los lacedemonios y ponerles en la imposibilidad de saber adonde dirigirse primeramente ó llevar socorros. Lo más escogido del ejército quedó dividido en tres cuerpos: uno debía atacar por el templo de Apolo, otro por el de Dictyneo y el tercero por el barrio llamado Heptagonias, puntos abiertos los tres y sin murallas. Aunque por todas partes amenazaba inminente peligro á la ciudad y el tirano estuviese aterrado por los inesperados gritos y alarmantes mensajes que le llegaban sucesivamente, viósele al principio llevar en persona ó dirigir socorros hacia los puntos más amenazados; pero cuando todo cedió al espanto en derredor suyo, cayó en tal abatimiento que le hizo incapaz de dar las órdenes necesarias ó escuchar consejos útiles; no pudiendo decidir nada porque apenas tenía discernimiento.

Al principio resistieron los lacedemonios el esfuerzo de los romanos, merced al estrecho espacio en que combatían y á pesar de la diversidad de los tres ataques simultáneos; pero á medida que el combate fué arrecian-

(1) Según las instituciones de Licurgo, que quiso que el valor de sus habitantes le sirviese de muralla y parapeto. 65

do, cesó de ser igual la lucha. Los lacedemonios lanzaban sus venablos, de los que el soldado romano podía preservarse fácilmente al abrigo de su gran escudo, y que no herían ó apenas rozaban. La estrechez del terreno y la multitud de los combatientes no les permitía tomar bastante brío para imprimir fuerzas á los venablos, ni moverse en libertad y mantenerse firmes en el terreno. Así, pues, de todos los venablos lanzados de frente, ninguno llegó hasta el cuerpo de los romanos, clavándose muy pocos en los escudos. Tuvieron, sin embargo, algunos heridos, pero fueron de los venablos que les lanzaban por el costado y desde lo alto. Otros que habían avanzado más, fueron atacados de improviso desde los tejados, desde donde les arrojaban, no solamente dardos, sino también tejas. Cubriéronse entonces la cabeza con los escudos, y apoyándolos unos con otros para formar la tortuga, avanzaron sin temor á los golpes que partían de lejos y sin dejar espacio para que pudiesen alcanzarles de cerca. Por algún tiempo les detuvieron en las primeras salidas, que eran demasiado estrechas y estaban obstruídas con sus tropas y las de los sitiados; pero cuando llegaron á calles más anchas, rechazando al enemigo paso á paso, su ataque fué irresistible. Los lacedemonios huyeron entonces y se retiraron en desorden á las alturas. Aterrado Nabis creyendo tomada la ciudad, buscaba en derredor una salida para escapar. Pitágoras, que hasta entonces fué el único que mostró serenidad y cumplió los deberes de general, atendió sólo á la salvación de Lacedemonia. Mandó incendiar los edificios inmediatos á los parapetos; en un momento se propagó el incendio por el cuidado que tenían en atizarlo, en vez de extinguirlo, y las casas se derrumbaban sobre los romanos; pedazos de tejas y maderos inflamados llegaban hasta ellos; las llamas les envolvían por todas partes y torbellinos de humo, abul-

tando el peligro, infundían profundo terror. Así, pues, aquellos romanos que asaltaban por el exterior de la ciudad, se alejaron de las murallas, y los que ya se encontraban dentro, temiendo verse separados de sus compañeros por el incendio que se propagaba á su espalda, retrocedieron. Enterado Quincecio de lo que pasaba, mandó tocar retirada; y los romanos, obligados á abandonar la ciudad, de la que casi eran dueños, regresaron á su campamento.

Quincecio, que confiaba más en el terror del enemigo que en sus propias fuerzas, empleó los tres días siguientes en mantener sus alarmas, bien hostigándole, bien construyendo obras por diferentes lados para cerrar todas las salidas. Desalentado por aquellos preparativos, el tirano envió otra vez á Pitágoras cerca de Quincecio, que se negó primeramente á verle y le mandó salir del campamento. Pero el legado insistió con tono suplicante, se arrojó á los pies del procónsul y consiguió al fin la audiencia. Comenzó declarando que se abandonaban completamente á merced de los romanos; en seguida, como no aceptaron aquella vaga sumisión que consideraban ilusoria, ajustó una tregua en las condiciones que fueron notificadas por escrito pocos días antes, pagó el tributo y entregó rehenes. Durante el sitio de Lacedemonia, enterados los argivos, por los emisarios que se sucedían sin interrupción, de que la ciudad estaba á punto de sucumbir, tomaron las armas, y aprovechando la ausencia de Pitágoras, que se había llevado lo mejor de la guarnición, despreciando el corto número de soldados que quedaban en la fortaleza, les atacaron á las órdenes de un tal Arquipo y les arrojaron. Su jefe Timocrato Pelenense, que había mostrado benignidad, mereció la vida y pudo marcharse bajo la fe de los juramentos. Argos se felicitó de su libertad cuando llegó Quincecio, después de otorgar la paz al ti-

rano; despedido á Eumeno y los rodios y mandado á su hermano L. Quinceio de Lacedemonia á la flota.

En su regocijo la ciudad acordó para el mismo día de la llegada de los romanos y de su general la celebración de los juegos nemeos, la más brillante de sus solemnidades y que atraía mucho concurso: las calamidades de la guerra había hecho aplazarles. Ofrecieron la presidencia á Quinceio, concurriendo muchas circunstancias á aumentar la alegría: habían visto regresar de Lacedemonia á sus conciudadanos, arrebatados poco antes por Pitágoras, y antes que éste por Nabis; veían también de regreso á los que, después de descubrir Pitágoras la conspiración, escaparon por la fuga á la matanza comenzada ya. Al fin gozaban de su libertad por tanto tiempo suspendida, y tenían entre ellos á los romanos, sus libertadores, que solamente por ellos habían declarado la guerra al tirano. En los juegos nemeos, como en los isthmicos, la voz del pregonero proclamó también la libertad de los argivos. Pero si los aqueos estaban contentos con ver Argos devuelta á la liga áquea, la esclavitud de Lacedemonia, que en cierto modo habían dejado unida á la tiranía, mezclaba alguna amargura al regocijo que experimentaban. En cuanto á los etolios no cesaban de calumniar la conducta de los romanos en todas sus asambleas, diciendo «que no habían dejado de combatir á Filipo hasta obligarle á evacuar todas las ciudades de Grecia. Y por el contrario, habían dejado Lacedemonia al tirano, mientras que el rey legítimo, que había servido en el ejército romano, y otra multitud de ciudadanos ilustres, estaban condenados á vivir en el destierro. El pueblo romano se había hecho el apoyo de la tiranía de Nabis.» Quinceio llevó sus tropas de Argos á Elacia, que fué su punto de partida para la guerra de Esparta. Algunos historiadores pretenden que no fué al salir de su capital cuando el

tirano encontró á los romanos, sino que marchó á acampar delante de sus parapetos; que después de haber esperado por mucho tiempo el socorro de los etolios al fin se vió obligado á librar batalla, porque sus merodeadores fueron sorprendidos y atacados por los romanos; que en aquel combate fué vencido, perdió su campamento y pidió la paz. Perecieron quince mil soldados suyos y quedaron prisioneros más de cuatro mil.

Casi al mismo tiempo se recibieron en Roma las cartas de T. Quinceio dando cuenta de las cosas ocurridas en Laconia y del cónsul M. Porcio sobre la guerra de España. El Senado decretó tres días de acciones de gracias en honor de los dos generales. El otro cónsul, L. Valerio, viendo que después de la derrota de los boyos en el bosque Litano, estaba tranquila su provincia, regresó á Roma para la celebración de los comicios, y proclamó cónsul á P. Cornelio Escipión, el Africano, por segunda vez, y á T. Sempronio Longo. Los padres de estos dos magistrados habían sido cónsules el primer año de la segunda guerra púnica. En seguida se celebraron los comicios pretorianos, en los que se nombró á P. Cornelio Escipión, los dos Cn. Cornelio, Merenda y Blasio, Cn. Domicio Ahenobarbo, Sex. Digicio y T. Juvencio Thalma. Después de la celebración de los comicios, el cónsul regresó á su provincia. En este año los habitantes de Tarentino trataron de establecer otro privilegio en favor de los latinos que ingresaban en una colonia romana, pidiendo que los considerasen como ciudadanos romanos. A ejemplo suyo, los colonos que habían ingresado en Puteolos, Salerno y Buxento hacían igual petición; el Senado decidió que no eran ciudadanos romanos.

Al comenzar el año en que P. Escipión el Africano, cónsul por segunda vez, y T. Sempronio Longo tomaron posesión de su cargo, llegaron á Roma dos legados



de Nabis. El Senado les concedió audiencia fuera de la ciudad, en el templo de Apolo, donde pidieron y consiguieron la ratificación de la paz concluida con T. Quincio. Tratóse en seguida de la distribución de las provincias, siendo opinión casi unánime de los senadores asignar la Italia á los dos cónsules, puesto que estaban terminadas las guerras de España y Macedonia. Escipión observó «que bastaba un cónsul para Italia y que se debía asignar la Macedonia al otro. Estaban amenazados, dijo, de una guerra grave con Antioco, y habiendo pasado ya á Europa aquel rey sin que le hubiesen provocado, ¿qué no haría cuando se viese llamado por los etolios, cuyas disposiciones hostiles no eran dudosas, é impulsado á la guerra por Anníbal, famoso capitán que tantas veces había derrotado á los romanos?» Durante esta discusión sobre las provincias consulares, los pretores sortearon las suyas, obteniendo C. Domicio la jurisdicción urbana; T. Juvencio, la de los extranjeros; P. Cornelio, la España ulterior; Sex. Digicio, la citerior; C. Cornelio Blasio, la Sicilia, y su hermano Merenda, la Cerdeña. No se quiso enviar nuevo ejército á la Macedonia; el que estaba allí debía traerlo á Italia T. Quincio y licenciarlo, como también el que servía en España á las órdenes de Catón. Los dos cónsules recibieron la Italia por provincia, con orden de alistar dos legiones urbanas. De esta manera, realizados los licenciamientos que ordenaba el Senado, las fuerzas romanas debían elevarse á ocho legiones.

El año anterior, siendo cónsules M. Porcio y L. Valerio, habíanse celebrado las fiestas de la Primavera sagrada; pero habiendo declarado el pontífice máximo P. Licinio en el colegio sacerdotal, y después á los senadores, por acuerdo del colegio, que la ceremonia no había sido regular, decidióse que se comenzaría de nuevo cuando dispusieran los pontífices y que también se celebrarían

con la acostumbrada magnificencia los grandes juegos que se votaron al mismo tiempo. Consideróse como Primavera sagrada todo el ganado nacido desde las kalendas de Marzo hasta la víspera de las kalendas de Mayo, bajo el consulado de P. Cornelio Escipión y de T. Sempronio Longo. En seguida se celebraron los comicios censorios: elevados á la censura Sex. Elio Peto y C. Cornelio Cethego, eligieron para príncipe del Senado al cónsul P. Escipión, á quien sus predecesores revisitaron también con esta dignidad. De la lista de los senadores solamente borraron á tres, de los que ninguno había ejercitado magistratura curul. Complacieron mucho al Senado, ordenando á los ediles curules que reservasen para los miembros de aquel orden puestos especiales en la celebración de los juegos romanos; hasta entonces habían estado plebeyos y patricios confundidos en el espectáculo. Los censores privaron también del caballo á algunos caballeros; pero á ningún orden del estado le trataron con rigor. Hicieron restaurar y agrandar el vestibulo del templo de la Libertad, y se celebró la ceremonia de la Primavera sagrada y los juegos votivos que ofreció el cónsul Ser. Sulpicio Galba. Mientras se fijaba por completo la atención pública en aquellas fiestas, debía estallar una conspiración. L. Pleminio, que había sido encarcelado en castigo de los sacrilegios y crímenes que cometió en Locros, había sobornado á algunos miserables que, durante la noche, debían incendiar á la vez muchos barrios de Roma; esperando á favor de la alarma que la obscuridad produciría en la ciudad poder romper las puertas de su prisión. Algunos cómplices descubrieron la trama y se notificó al Senado. Trasladaron á Pleminio á un calabozo y allí le mataron. En este año se enviaron colonias de ciudadanos romanos á Puteolos, Volturmo y Literno, siendo cada una